



parezca verosímil que tales indeseables no se limitan a hacer el mal de forma espontánea cuando se presenta la ocasión, sino que se han concertado en un plan a gran escala, probablemente con la colaboración consciente de los compinches que se han dejado comprar para defenderlos.

Esto no se aplica solo a minorías étnicas. Vale para cualquier grupo o institución que nos resulte sospechosa. Si consideramos que los políticos, ya sean de un signo ideológico específico o como categoría en general, son embusteros compulsivos que nos venderían al mejor postor sin perder un minuto de sueño, o psicópatas sedientos de poder cuya aspiración última es controlar hasta el más mínimo detalle de nuestras vidas, nos costará menos verlos como colaboradores necesarios en tramas oscuras para sojuzgarnos³.

Lo mismo puede decirse de los medios de comunicación que no quieren que sepamos todas esas cosas que por fortuna nos revelan nuestros contactos de WhatsApp, la industria farmacéutica que antepone el lucro a nuestra salud, o los musulmanes que quieren conquistar Europa y quemar el Museo del Jamón como si fuera una Biblioteca de Alejandría cualquiera. Hay un amplio abanico de teorías conspirativas que se apoyan en cada una de tales creencias, al tiempo que las refuerzan. Porque si ya pensábamos que los judíos eran usureros, una vez que sepamos de su plan para quedarse con todas las riquezas del mundo nos parecerán poco menos que diablos. Y, llegado el caso, nos sentiremos justificados para luchar contra su conspiración con todos los medios que tengamos a nuestro alcance.

Tal vez sea necesario recordar aquí que, en efecto, los políticos a menudo tienen una relación tormentosa con la verdad, que la industria farmacéutica puede ser bastante





lo todo, aunque para ello se invoquen fuentes anónimas o datos dudosos que al parecer no pertenecen a ese todo que hay que cuestionar. Puesto que no se defiende activamente ninguna teoría concreta, es posible practicar asiduamente este pasatiempo sin reconocerse como teórico de la conspiración. Y como ventaja adicional, encumbra al autoproclamado espíritu crítico como árbitro de la discusión, ya que solo puede acabarse cuando él se dé por satisfecho. Mientras tenga preguntas, seguirá cuestionándolo todo y los demás serán enemigos de la verdad que, movidos por fines inconcesables, pretenden cerrar la investigación en falso.

Políticamente, lo que cuestionaba la teoría conspirativa del 11-M era la legitimidad del Gobierno socialista salido de las elecciones generales de marzo de 2004. El razonamiento era el siguiente: si el PSOE había ganado haciendo ver a los votantes que el ejecutivo conservador mentía cuando responsabilizaba a ETA de los atentados, el resultado electoral quedaría en entredicho en caso de que se demostrara que el PP tenía razón o, lo que es casi lo mismo a efectos propagandísticos⁷, que el PSOE no tenía razón. La victoria socialista se ligaba directamente a la versión oficial sobre los atentados: poner en duda una significaba poner en duda la otra. A este pecado original de la legislatura se fueron agregando muchos otros, configurando una batería de acusaciones tremebundas contra el Gobierno de Zapatero que podemos reconocer en las que recibirá después el de Sánchez.

El componente narrativo de las teorías de la conspiración funciona mejor cuando se puede señalar al supervillano que mueve los hilos. El George

Galería de grandes conspirógrafos

Federico Jiménez Losantos (1951)



Con la necesaria excepción de Quevedo, Lope y Jardiel, Losantos es el único de los conspirógrafos de nuestra galería que posee genuino talento literario, patente no solo (ni principalmente) en sus libros superventas, sino sobre todo en sus cotidianas exhibiciones radiofónicas de maestría en el insulto creativo. Tal es su predicamento que, si un español habla de «Federico», hay una alta probabilidad de que se refiera a Lorca o a él. No suele difícil concretar exactamente a cuál de los dos reparando en aderezos tribales identificativos de nuestro interlocutor.

Su consagración como líder de opinión de la derecha española, y como uno de los principales promotores de la teoría de la conspiración del 11-M, se produjo en los micrófonos de la COPE. De hecho, los principales contratiempos judiciales de su historial se deben a un posible exceso de celo en la denuncia de un político y un periodista conservadores que no secundaron la línea de la COPE durante la primera legislatura de Zapatero: el entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruíz-Gallardón, a quien según Losantos le daban igual los muertos con tal de llegar al poder, y el entonces director de *ABC*, José Antonio Zarzalejos. Poéticamente, la condena por la querrela de Ruíz-Gallardón fue objeto a su vez de condena en 2016 por el mismísimo Tribunal Europeo de Derechos Humanos que había tumbado la doctrina Parot y provocado la excarcelación de etarras de la que Losantos responsabilizaba a Zapatero y Rajoy.

De su amplia producción literaria, son especialmente recomendables, para examinar el desarrollo de una forma muy particular de entender el liberalismo en España, *Lo que queda de España* (1979), *La última salida de Manuel Azaña* (1994), *La dictadura silenciosa* (1996), *De la noche a la mañana* (2006) y *El linchamiento* (2011), estos dos últimos sobre su fulgurante aunque accidentada carrera radiofónica. Y que no se nos olvide su libro de haikus, *La otra vida* (2009).



**Pega aquí una
foto de alguien
de la minoría
étnica que
odias.**

